

ENTREVISTA A BILL MCKIBBEN

«Debemos construir un movimiento de personas con la fuerza suficiente como para enfrentar el poder del dinero»

José Bellver
FUHEM Ecosocial

Bill McKibben (1960) es un ecologista estadounidense, fundador de 350.org, el primer movimiento social contra el cambio climático de escala planetaria que ha organizado más de veinte mil concentraciones en todo el mundo, encabezando la resistencia al oleoducto Keystone XL en Estados Unidos (EEUU); además ha puesto en marcha un movimiento de rápido crecimiento por la desinversión en combustibles fósiles. McKibben es autor de numerosos libros, entre los cuales figura *El fin de la naturaleza* (1990), traducido a 24 idiomas. Es considerado uno de los libros pioneros en la lucha contra el cambio climático.

José Bellver: Recientemente hemos conocido la decisión del gobierno de Obama de paralizar la construcción del oleoducto *Keystone XL* que iba a servir de suministro de hidrocarburos a EEUU desde Canadá, más concretamente del petróleo extraído de las arenas bituminosas de Alberta. ¿Qué es lo que ha motivado, en tu opinión, dicha paralización?

Bill McKibben: Sin duda alguna, esta decisión se ha debido a la fuerte movilización social a gran escala que se ha producido en torno al proyecto Keystone. De hecho, esta última ha llegado a convertirse en la mayor campaña ambiental en muchos años en los EEUU. Y no sólo ha servido para detener la construcción del oleoducto Keystone, sino que además ha dado luz a muchas más campañas de este tipo en todo el continente.

J.B.: ¿Crees que podría estar cambiando, o que tiene visos de cambiar, la política energética de Estados Unidos hacia un modelo energético renovable?

B.M.: Tendrá que cambiar y de hecho, cambiará, pero la pregunta es si será capaz de cambiar lo suficientemente rápido como para que sea relevante o funcional en términos climáticos. De aquí a cincuenta años estaremos utilizando predominantemente el sol y el viento como fuentes energéticas, pero si tenemos que esperar cincuenta años para ello, será demasiado tarde. Así que el trabajo consiste en que vayamos cogiendo ritmo.

J.B.: En diciembre de 2015 tendrá lugar en París la 21ª Conferencia de Naciones Unidas sobre Cambio Climático. Después de los fracasos de anteriores ediciones, se hace cada vez más urgente que se alcancen acuerdos, pero no está aún muy claro si se logrará y si lo que se acuerde será suficiente. ¿Cuál es tu valoración al respecto? ¿Qué crees que saldrá de esta conferencia?

B.M.: Yo pienso en ello como el marcador del partido, no como el partido en sí. Es decir que a partir de ahí podremos saber cuánto progreso hemos hecho. Pienso que probablemente se llegará a algún tipo de acuerdo, pero que, como mucho, este indicará el camino para un incremento de la temperatura mundial de 3,5°C en vez de 5°C. En otras palabras, seguiremos estando lejos de donde necesitamos estar, y ello será una muestra del arduo trabajo que aún nos queda por hacer.

J.B.: Has señalado en diversas ocasiones que las compañías petroleras solo reaccionarán cuando exista un precio para las emisiones de carbono. Esto hoy en día ya existe en países, ciudades, estados y regiones que usan mecanismos como el comercio de derechos de emisión. Sin embargo, por el momento los resultados parecen más bien escasos, con unos precios del carbono irrisorios y por tanto con un impacto muy reducido. ¿Por qué no funcionan estos mecanismos? ¿No son más efectivos los impuestos sobre el carbono o la imposición de límites absolutos (por ejemplo, en forma de cuotas) establecidos políticamente?

B.M.: Creo que en algunos lugares como en la Columbia Británica (Canadá) no están funcionando mal, pero en mi opinión, el problema es que se ha esperado demasiado tiempo para adoptar mecanismos, y se necesitan precios más altos que aquellos que los gobiernos quieren implementar. Porque hasta ahora se ha actuado con mucho retraso y haciendo lo mínimo posible. De todas formas, cualquiera que piense que los mercados por sí solos van a resolver el problema, llegados a este punto, se equivoca estrepitosamente.

J.B.: Una buena parte de las soluciones que se plantean en los foros e instituciones internacionales ante la crisis climática tienen que ver con la búsqueda de soluciones tecnológicas, tanto para paliar sus efectos como para contener algunas de sus causas a través de mayores logros en la ecoeficiencia de nuestros modelos de producción y consumo. Pero en muchas ocasiones no está tan claro si realmente se reducen las emisiones totales o se

generan otros problemas. ¿Hasta qué punto la tecnología será suficiente "para salvarnos", como se nos plantea con algunas propuestas como las de la geoingeniería?

B.M.: Bueno, yo creo que las principales soluciones tecnológicas son los paneles solares y las turbinas eólicas, en combinación con una mayor eficiencia energética. Y creo que esto sí funciona a la hora de reducir las emisiones en los lugares donde son aplicadas. No obstante, está claro que la tecnología por sí sola no nos va a rescatar. Es por ello que también necesitamos cambios en muchos otros aspectos, como por ejemplo la forma que tenemos de desplazarnos, donde debería de predominar mucho más el transporte público, de manera que nuestras vidas estén igualmente menos privatizadas. En cualquier caso, lo que sí es cierto es que si no cambiamos rápidamente, entonces es cuando verdaderamente seremos aún más presas de malas ideas como la geoingeniería.

J.B.: Además en las negociaciones internacionales se habla siempre del objetivo de los 2°C como el incremento de la temperatura media global que no deberíamos de superar si queremos evitar consecuencias catastróficas. Sin embargo, es creciente el número de voces, entre ellas las del famoso meteorólogo estadounidense James Hansen, que se suman a la advertencia de que esta temperatura debería de limitarse a los 1,5°C. Naomi Klein señalaba en su último libro que solo para alcanzar la cifra de los 2°C las emisiones tendrían que estar reduciéndose en las economías más ricas a unas tasas de entre el 7% y el 10% al año. ¿Cómo puede realizarse dicho objetivo sin un razonable grado de planificación del tipo de una "economía de guerra", utilizando las mismas palabras utilizadas por Lester Brown?

B.M.: Creo que está claro que incluso el incremento de 1°C que ya hemos alcanzado es demasiado elevado. Lo que quiero decir con esto es que ya estamos derritiendo la mayor parte del hielo marino del Ártico en verano. Nuestro objetivo debe ser conseguir que volvamos a estar por debajo de las 350 ppm (partes por millón de CO₂ en la atmósfera), y se necesitará una movilización real para hacerlo. Y efectivamente, el período del inicio de la Segunda Guerra Mundial es un buen precedente.

J.B.: ¿Dónde está realmente el núcleo duro del problema climático? Unos hablan de la irrefrenable sed de petróleo de nuestro modelo energético, otros de la pulsión por el crecimiento del capitalismo. ¿Cuál es tu interpretación?

B.M.: Yo lo que creo es que el poder político que tiene la industria de los combustibles fósiles es sencillamente tan grande que estas empresas han sido capaces de bloquear cualquier cambio basado en el sentido común. Su poder se deriva del dinero, por lo que debemos construir un movimiento de personas con el poder suficiente como para enfrentar el poder del dinero.

J.B.: Volviendo a la cuestión del movimiento ecologista y la lucha contra el cambio climático: ¿hasta qué punto consideras que las COP son el frente de lucha en comparación con las luchas anti-extractivistas y la creación de alternativas?

B.M.: Las luchas climáticas están crecientemente lideradas por personas de las comunidades que están en la primera línea de los problemas. Muchas de estas comunidades son pueblos indígenas que están íntimamente ligados a su vez a las luchas anti-extractivas, y en la creación de nuevas alternativas a escala local. En mi opinión, las luchas en todos estos frentes son útiles y ello es la muestra de las muchas cosas que se hacen desde los movimientos sociales.

J.B.: ¿Cómo valoras la articulación de los movimientos sociales en EEUU y a nivel global en torno al calentamiento global?

B.M.: Creo que se está produciendo una expansión de los movimientos de resistencia frente a los combustibles fósiles. Estos movimientos pueden unirse cuando resulta apropiado y es necesario, pero la confrontación contra esta industria surge por lo general cerca de casa. A su vez, esto coincide también con la creciente expansión territorial de la industria de los combustibles.

J.B.: ¿Qué grado de impacto logran en el público los movimientos sociales en torno al cambio climático? ¿Cómo valoras el nivel de presión ciudadana actual respecto a este asunto?

B.M.: Claramente, necesitamos que el impacto de esta lucha sea mayor, al igual que la presión ciudadana.